

El tamaño sí importa

Un relato de golf y amor

Don Pancho, apoyado en la barandilla del bar, con su whisky en la mano, observaba los jugadores que terminaban su partida en el green del dieciocho. Mientras lo hacía, escuchaba a varios jóvenes que mantenían una acalorada discusión en una mesa cercana, junto a su sillón favorito. La conversación versaba sobre el tamaño, algunos decían que sí importaba otros que no. La discusión estaba subiendo de tono por momentos, y no precisamente de voz. El viejo Pancho se acercó a la mesa, todos callaron inmediatamente. A sus noventa y tres años -siendo socio fundador del club, Capitán de Campo honorífico a perpetuidad y decano de la junta de socios- su sola presencia imponía respeto.

-¿Ustedes creen que esta es una conversación para mantener en el club?

-Perdone don Pancho, no nos dimos cuenta de que estábamos levantando la voz.

-No importa, pero no he podido dejar de escuchar sus palabras y si me lo permiten, les voy a contar una historia que demuestra que el tamaño sí importa.

Los jóvenes se miraron unos a otros, les había tocado la lotería, Don Pancho era famoso por sus historias, bueno... por rollista mas bien. Pero la educación manda en estos casos y viendo que no tenían alternativa, ni vías de escape, se dispusieron a escuchar pacientemente. Cediéndole asiento en el sillón que siempre tenía reservado.

-La historia que les voy a contar ocurrió hace treinta años y absolutamente todo es verídico. Me la contó el protagonista principal, Ángel Rubirosa, sentado en este mismo sillón que ocupó ahora. Lo más triste es que a los pocos días desapareció y nunca se volvió a saber de él. Y todo por una cuestión de tamaño.

El principio del relato del atrajo inmediatamente la atención de todos los presentes, por una vez parecía una historia interesante y algo picante.

-La historia comienza a finales de los años sesenta, Ángel, heredero de una de las mayores minas de cobre de Chile, era un playboy reconocido y asiduo a todas las fiestas de la Jet Set internacional. A sus cincuenta años, era un maduro atractivo y le precedía la fama familiar, tanto de playboy como de portador de una gran tranca que hacía felices a las mujeres más exigentes. Su tío segundo, Porfirio Rubirosa, ya había sido famoso unos años antes rompiendo corazones de millonarias americanas, bueno... corazones y sospecho que otras cosas. Aunque a diferencia de Porfirio, que era un vividor y un chulo que vivía de las mujeres, Ángel era rico de nacimiento y no necesitaba vivir de ellas. Su principal afición, además de las féminas y los coches caros, era el golf. Campeón de Sudamérica varios años, dos veces ganador del Open Británico Amateur, campeón del mundo con el equipo chileno en los años cincuenta y dos y cincuenta y cuatro. En fin, su palmarés golfístico era envidiable. Tras ganarle dos match seguidos a Jack Nicklaus y Tony Jacklyn en las previas del Open Británico jugado en los links del Royal St. George en Sandwich, al sur de Inglaterra, muchos dijeron que si no fuera por su afición a las juergas y a las mujeres hubiera sido el

mejor jugador del mundo. Yo lo conocí en aquella época mientras arbitraba un Open. Era un tipo notable, de los que dejan huella en todas las personas que lo conocen. En el campo, un autentico tiburón, creando golpes increíbles para salvar situaciones imposibles. En los más de setenta años que llevo en el mundo del golf, sólo Severiano Ballesteros le ha igualado inventando golpes salvadores. Su “drive” era poderosísimo y con el sand wedge en la mano, un autentico maestro. Pero... como ya he dicho antes, lo perdía su vida de libertino impenitente. Durante el British Amateur que ganó, tuve que ir personalmente a despertarlo dos veces, porque había pasado la noche de juerga con dos fulanas que se había traído de Edimburgo. Un comportamiento escandaloso que provocó quejas en el pequeño pueblo de Saint Andrews que no estaba acostumbrado a ese tipo de vida licenciosa. Tanto es así, que el comité del Open estuvo a punto de excluirlo, expulsarlo y declararlo persona “non grata” en el British para siempre. Gracias a mi mediación y la de nuestro común amigo Roberto De Vincenzo, logré que no lo sancionaran, pero tuve que tener una larga charla con él para que contuviese sus impulsos de semental latino, al menos en los torneos. Por cierto, como agradecimiento a De Vincenzo por su ayuda ese año, le hizo de “caddy” en 1967, el año que ganó el Open Británico en Hoylake. Pero eso es otra historia que ya les contaré algún día.-El viejo Pancho tomó un trago de su whisky escoces de malta, para refrescar el gznate y seguir la historia- Como decía, la vida licenciosa de Ángel Rubirosa, que mataba el tiempo de fiesta en fiesta y de mujer en mujer, lo llevaba por muy mal camino. Su mansión en Mónaco, se hizo famosa en el mundo por estar constantemente asediada por los paparazzi en busca de

una foto de su última conquista. Actrices, modelos y fulanas de postín, eran concurrencia habitual a sus fiestas. Pero a todo cerdo le llega su San Martín y a él le llegó un siete de Julio en Pamplona. No, tranquilos... no lo cogió un toro. Estaba invitado en casa de los condes de Lerín a pasar con ellos los sanfermines en su palacio cercano a Montejurra. El día de su llegada le hicieron una fiesta a la que estaba invitado el “todo” Navarra y visitantes de la “jet set” nacional e internacional, que se daban cita cada año en Pamplona para correr en los encierros. Bueno... en realidad, no todos corrían, muchos sólo iban a dejarse ver. El caso es que aquella noche, aburrido de tanto apretón de mano, tanta cursilada babosa de noble venido a menos y horteras venidos a más, salió al jardín de palacio. Era una noche, según él me contó, aunque siempre pongo comillas a estas cosas, “serena y mágica”. Yo imagino que los tantos whiskys que se había tomado le ayudarían a verla así. A partir de aquí, permítanme que hable textualmente tal y como me lo relató, es decir, si esta parte del relato les resulta especialmente cursi, no me lo achaquen a mi.

“Era una noche serena y cálida de luna llena y azul. La claridad era tal, que los arboles hacían sombra. Caminé por el jardín disfrutando de aquella maravillosa noche especialmente calurosa para ser el norte de España. Se oía el silencio una vez me alejé de los últimos murmullos de la fiesta. Al final de un camino de adoquines se oía un grupo de ranas croando a la luna, allí me dirigí, esperando encontrar una fuente o un estanque para refrescarme un poco la cara, el maldito esmoquin de chaqueta blanca y la corbata de pajarita me pesaban y acaloraban. El sonido de las ranas se

mezcló con el rumor del repiqueteo del agua cayendo a una fuente y... un sorprendente por conocido ruido de “golpe”. Esquivé un seto y detrás vi la imagen más alucinante que había visto en mi vida, tanto, que tuve que frotarme los ojos varias veces para ver si era un espejismo. En el centro de un círculo de unos cien metros de hierba perfectamente cortada a ras, había una fuente redonda con una réplica de la cibeles en mármol blanco que refulgía fantasmagórica a la luz de la luna. De sus manos, manaba el agua a la fuente, en forma de pequeñas cascadas. Pero eso no fue lo que me sorprendió, fuentes había visto muchas en mi vida. De espaldas a mí, vestida con traje de noche largo, había una damisela de figura menuda y cintura estrecha. Su pelo como el oro le caía por los hombros desnudos. En si mismo, este era un hecho suficientemente notable, después de haber visto durante aquella noche un catálogo completo de viejas cotorras y mujeres regordetas, morenas y con todo tipo de bigotes. Pero no, no fue esto tampoco lo que me sorprendió. Estaba descalza con la falda remangada por delante y sujetaba con gracia, un palo que supuse era un sand wedge, iba tirando, una a una, todas las bolas blancas de golf que iba sacando de un cubo. Sorprendido, la miré durante unos minutos, sin que ella se diera cuenta. Su swing era grácil, lo hacía con una suavidad y un balanceo rítmico perfecto. La terminación a pesar de la ropa, era impresionante, las bolas iban cayendo una a una al estanque, aunque de vez en cuando alguna daba en la estatua y ella se quedaba mirando con los brazos en jarra y lanzaba un improperio. Cuando dos veces seguidas dio sendos topazos, levantó el palo como para dar un golpe al suelo, mientras gritaba ¡mierda! En ese momento, intervine yo.

-Tienes que alejarte un poquito de la bola poner el peso sobre el pie derecho y romper muñecas un poco antes en la subida, de resto, simplemente perfecto.

Soltó un grito dando un respingo y llevándose la mano al pecho dijo:

-¡Dios mío! ¿es que quiere matarme de un susto? ¿Como se le ocurre aparecer por aquí, así, de repente y en silencio?

- Jajaja, no te asustes, perdona, es que llevo mirándote un rato, como comprenderás no es normal encontrarse a alguien practicando golpes de golf a la una de la mañana en medio del apogeo de una fiesta. ¿O lo es aquí en España?

Ella me miró de hito en hito, tratando de sopesar su respuesta. Ahora que la veía bien y la tenía de frente, sentí que nada en mi vida volvería a ser lo mismo. Era una chiquilla divina. La personificación de la belleza, la delicadeza y el carácter, todo en la misma persona. Sus ojos azul oscuro, me escrutaban pensativos, su figura era de ensueño y las piernas perfectas y torneadas hasta los muslos. En ese momento se dio cuenta de que la estaba mirando y se soltó el vestido que había atado en un nudo para poder hacer mejor el swing. Lo hizo sin gesticular, en un movimiento natural, sin aspavientos y sin darse por enterada de que yo la miraba. El escote de su vestido, en pico, dejaba entrever unos pechos generosos, que con el cuello largo, los hombros delicados, el pelo rubio y ondulado y aquellos grandes ojos azules y rasgados, me tenían al borde del desmayo. Al fin se decidió a hablar.

- ¿Tu juegas al golf?

- Algo, respondí.

- A ver, demuéstremelo. -dijo esto pasándome el palo y una bola-

- ¿Que quieres que haga?
- Métela en la fuente.
- Ok, pero eso es muy fácil. Te propongo otra cosa, me alejo cincuenta pasos y soy capaz de meter tres bolas de cinco intentos dentro del cubo.
- ¡Anda ya! eso es imposible ¿quien te crees que eres Jack Nicklaus?
- ¿Que te apuestas conmigo a que soy capaz?
- Lo que tu quieras
- ¿Sea lo que sea?
- Sea lo que sea -respondió picarona, con una sonrisa y meneándose el flequillo- Pero... ¿y si pierdes?
- Podrás pedirme lo que quieras tu también, sea lo que sea.
- De acuerdo

Me alejé cincuenta pasos con cinco bolas y el palo. Me quité la chaqueta y la corbata de pajarita. Me remangué la camisa, calibré el wedge, afortunadamente era un palo de hombres y el peso y la cara eran los adecuados. Hice un par de swings y me dispuse a golpear la bola. La primera se fue un poco larga, la segunda dio en el borde del cubo pero salió despedida, la tercera y la cuarta cayeron dentro con un fuerte sonido metálico, me preparé para la quinta, necesitaba un golpe impecable y lo di. La bola salió en un arco perfecto, sabía que la distancia era la correcta, que esa bola acabaría inexorablemente dentro del cubo. De repente ella corrió se acercó al receptáculo y le dio una patada riendo como una niña.

- ¡Ehhh, eso es trampa!

- No, eso es saber utilizar las reglas, en ningún momento dijimos que el cubo tenía que estar quieto. Jajaja
- ¡Pero serás sinvergüenza!
- No, simplemente soy mujer. Jajaja

La desafortada alegría que mostraba aquella chiquilla, era contagiosa, acabé riendo hasta que se me saltaron las lágrimas. Entonces ella vino hacia mi y me dijo

- Ahora tienes que pagar prenda.
- Ok lo que quieras
- Pues desnudate y tirate al estanque- dijo ella muy seria-
- ¡Espera, espera! Que no puedo hacer eso
- Dijiste que lo que yo quisiera, sea lo que sea ¿Recuerdas?
- Ok sí, lo dije... pero yo estoy invitado a esta fiesta ¿que es lo que van a pensar los anfitriones si se enteran?
- ¿Desde cuando le importa al famoso Ángel Rubirosa lo que piensen de él? Pensaba que eras un tipo más bregado en estas lides. -Y con voz autoritaria lo apremió- ¡Venga, desnúdate y al agua!
- Oye niña ¿que edad tienes?-ya empezaba a preocuparme de no meterme en un lío-
- Veintiuno ¿por que? No te creas que nunca he visto un hombre desnudo.
- De acuerdo, pero antes dime tu nombre, nunca me he desnudado delante de una mujer sin saber como se llama.
- Cristina, Cristina Dicastillo Monteagudo, para servirle a usted a la patria y a Dios.- Esto lo dijo soltando otra sonora carcajada-

- Encantado Cristina

Acercándome a ella puse su mano entre las mías y delicadamente me la llevé a los labios sin apartar mis ojos de los suyos. Sus pupilas se agrandaron y observé un ligero estremecimiento de su cuerpo. Aun a la luz de la luna, vi como el rubor cubría sus mejillas. Acto seguido, me alejé unos pasos y sin darme la vuelta, empecé a desnudarme. La camisa, los zapatos, los pantalones, los calcetines, hasta que sólo me quedaban los bóxer puestos. La estampa debía ser interesante para cualquiera que estuviera viendo ese momento. Una chica casi recién salida de la adolescencia y un señor maduro y entrando en la cincuentena, aunque aun de buen ver, en calzoncillos delante de ella. Mirándola a los ojos le pregunté si estaba bien así, me respondió que no, que me lo quitara todo. Y así lo hice. Quedé delante suyo como Dios me trajo al mundo, aunque bastante mas crecido en todos los aspectos. Reconozco que mi desnudez, siempre había levantado pasiones entre las mujeres, el tamaño de mi tranca era famoso, tan famoso como la de mi tío Porfirio. Mujeres de todo el mundo se habían arrastrado a mis pies, sólo por conocerla de cerca. Pero Cristina la miró y sólo dijo:

- ¡Vaya! ¡Pues tampoco era para tanto! Ya te puedes bañar

Aquellas palabras me hirieron. A ver, no es que a mi me importe mucho el tema del tamaño, pero teniéndola descomunal como la tengo, es normal que nunca me hubiera preocupado. De repente me sentí torpe y mediocre, sensación que no había tenido en mi vida. Me fui a la fuente y me zambullí ofuscado. Al salir, Cristina se había ido y con ella se había esfumado mi ropa.

A estas alturas de la historia, don Pancho paró y reclamó un nuevo whisky de malta y un vaso de agua fría con gas para poder seguir hablando. La concurrencia había ido aumentando y ahora al grupo de jóvenes se había unido otro grupo de jugadores, que iban llegando de terminar sus partidas. A su alrededor le hacían corro algunos de pie, otros sentados. Todos estaban pendientes de sus palabras. Don Pancho se bebió el agua de un trago, después dio dos grandes sorbos al malta. Se volvió a la concurrencia y preguntó

- A ver... ¿que es lo que les estaba contando?
- ¡Don Pancho por dios! No nos haga esto, siga con la historia, estaba Ángel Rubirosa desnudo en la fuente y Cristina se había marchado con su ropa.
- ¡Ahh sí! Bueno... el relato que sigue es muy largo, con lo cual lo voy a contar a mi manera y resumiéndolo, que cada día que pasa me cuesta más contar historias. El caso es que después de una noche accidentada y con muchas peripecias, logró llegar a su habitación en el palacio, gracias a la intervención de Guzmán el mayordomo, al que, tras prometerle un billete de mil pesetas de la época, fue todo amabilidad y de una servicialidad exquisita. Gracias a Guzmán se enteró de que Cristina era la sobrina de los condes de Lerín, hija de una hermana de la condesa consorte. Su padre Álvaro Dicastillo, pertenecía a una familia de las de mas noble cuna en el principado de Navarra y su orígenes se remontaban al siglo XI. Un antepasado suyo, Don Gómez Garcés de Argoncillo, fue el abanderado que portaba el estandarte de Navarra en la batalla de las Navas de Tolosa. También se

enteró -gracias a las indiscreciones, alentadas por los billetes de mil pesetas, de Guzmán- de que la niña no tenía novio, era handicap cuatro y sentía debilidad por las orquídeas, el chocolate suizo y las gargantillas. Una propina extra de diez mil pesetas y Guzmán se convirtió en el perfecto celestino. Ángel sabía los movimientos de Cristina antes de que los efectuara, tras encontrarse una y otra vez los dos días siguientes, hasta el punto que sin ella saber que no era casual, les tocaba siempre el mismo coche para ir a Pamplona y asientos contiguos en el desayuno, almuerzo y cena; para un playboy como Ángel, tiempo más que suficiente para que ella cayera rendida a sus pies. Pero... en este caso fue al revés, mientras más la conocía más se enamoraba de ella. Y mientras más se enamoraba, más torpe y patoso se comportaba. Al tercer día, se decidió a invitarla a cenar. Su tío el conde, de corazón tradicionalista, católico, apostólico y romano, además de franquista y requeté, se opuso inmediatamente, la fama de Ángel era una sombra demasiado alargada que llegaba hasta el palacio de Lerín. La condesa, sin embargo, mujer nada aristócrata (de hecho, sólo Guzmán sabía que había trabajado unos meses en un prostíbulo de Bilbao) y muy práctica, veía con buenos ojos aquella posible relación. Aprovechando que se quedó a solas con su sobrina le recomendó que no cediese ni un milímetro con Ángel, que los hombres que son cómo él sólo se enamoran de lo que no pueden tener. Que cuando estuviera a punto de desfallecer, que llegaría ese momento, pensase en lo que quería, si ser sólo una aventura divertida, o la mujer de su vida. Si elegía lo segundo, tenía que resistir hasta que echara espumarajos por la boca. Que ya sabría cuando es ese

momento, cuando llegase. Cristina le reconoció a su tía que estaba perdidamente enamorada de Ángel. Que desde que lo vio entrar la primera noche en la fiesta con su esmoquin blanco, se había quedado sin respiración. Que sabía que podía ser su padre, pero que era superior a sus fuerzas. Que en su presencia siempre tenía ganas de que la abrazara. También le dijo que no sabía si podría resistir muchos embates suyos y terminó diciéndole que además tenía miedo, que lo había visto desnudo y tiene un miembro descomunal. La tía, dejando a un lado los remilgos de condesa le dijo un refrán muy manchego. Hija mía, no te olvides nunca de estas palabras que me dijo mi abuela: “Nunca digas de este agua no beberé, este cura no es mi padre, ni este pedazo de miembro no me puede caber”

- ¡Don Pancho, por favor, que hay señoras! -dijo uno de los oyentes mientras su esposa y las amigas se partían de risa-
- ¡Ay mi niño! A mi edad puedo decir lo que quiera, es un privilegio que tenemos unos pocos.- Diciendo esto, dio un ultimo sorbo al vaso de whisky y se quedó mirando a la concurrencia- ¿Ustedes quieren que siga con esta historia? -Las dieciocho personas que estaban embobadas escuchándolo dijeron al unísono que sí- ¡Pues tráiganme otro whisky carajo! Que tengo el gazzate seco y además tendrán que esperar a que vuelva del baño, que mi próstata no da para más. - Diciendo esto se levantó y salió renqueando del bar con su oronda figura de hombre que siempre supo vivir bien. Diez minutos después volvía. Sentándose en su sillón, miró la mesa, cogió el vaso de whisky, se apoyó en el respaldo, cerró los ojos y se quedó dormido. Uno de los chicos que estaban escuchando desde el

principio, el que había iniciado la conversación sobre el tamaño, se acercó y lo zarandeó ligeramente.-

- ¡Don Pancho! Que no nos puede dejar así, a media historia ¡hombre! Continúe usted ¿que pasó después?
- ¡Ah! ¿como? ¿que? ¿que historia? ¿De que me hablas? - El hombre estaba totalmente perdido-
- Si hombre, nos estaba contando la historia de Ángel Rubirosa y por qué el tamaño importa.
- Ahhh sí, Ángel, buen tipo Ángel ¿ya lo encontraron?
- No, hombre no, pero usted nos estaba contando su historia.
- ¿Ah si? ¿Y que les he contado? -sacando un pañuelo, limpiándose las babas y sonándose la nariz-
- Nos estaba contando la conversación de Cristina con su tía, la condesa consorte
- Ahhh sí, la que le dijo el refrán manchego: “nunca digas de este agua no beberás este cura no es tu.....”
- Vale, vale, si eso ya lo contó, puede seguir a partir de ahí.- dijo el mismo que le había recriminado antes.
- ¡Ahh carajo! Ricardo eres un remilgado como tu padre y tu abuelo que en paz descansen. Pero no quiero discutir contigo. Continúo. -el principio de enfado, había despejado al viejo- Tía y sobrina se rieron del refrán y la tía le prometió ayudarla en lo que pudiera en su relación con Ángel, les quedaban pocos días porque se marchaba a Chile a la semana siguiente. Decidieron llamar a Guzmán y hacerlo

cómplice a cambio de una cantidad de dinero nada despreciable. Guzmán era mayordomo a la vieja usanza y muy británico a pesar de haber nacido en Cuenca y vivido hasta los quince años en Logroño, desde entonces hasta hoy, en Pamplona, salvo los veranos, cuando los señores se iban al palacio de Montejurra. Guzmán desde el primer momento vio el chollo que para él iba a significar todo aquel enredo. Lo mismo que había sabido desde el primer momento, las ventajas que le iban a traer, el haber estado en un puticlub en Bilbao y haber intercambiado fluidos corporales a cambio de dinero con la que hoy era la señora condesa consorte. Inmediatamente Guzmán les dijo que no se preocuparan y lo dejase todo de su mano. Menudo era él para estos tejemanejes. Guzmán lo organizó todo, cediendo una pequeña parte de los pingües beneficios que estaba recibiendo con esta operación, organizó un pequeño incendio en la fábrica del señor en Madrid, con lo cual lo alejó del palacio un par de días. Después, organizó una visita turística a Pamplona y alrededores que incluía una partida de golf en el precioso campo de Ulzama, que había sido inaugurado sólo un par de años antes. Guzmán le sacó veinte mil pesetas más a Ángel con el compromiso de tener todo el campo de golf para Cristina y él. A Guzmán le costó una llamada al club y enterarse de que los únicos jugadores de Ulzama en ese momento, los Lizarraga padre e hijos, estaban en viaje de negocios. Como Ángel no viajaba sin sus palos a ningún sitio, prepararon las cosas y se dispusieron a pasar un día de golf, con el aliciente para Ángel de estar con la mujer que se había adueñado de su corazón y para Cristina, lo mismo, pero eso él aun no lo sabía. Se encontraron en la puerta después del

desayuno, ella con un pantalón pitillo rojo, polo lacoste, listado azul y rojo, sin mangas y rebeca roja sobre los hombros. La cabellera rubia recogida en una cola de caballo, deslumbraba con el sol. Todos estos detalles no se crean que los invento, Ángel me lo contó tal y como se los digo ahora. Aun me parece escucharle cuando me relataba esta parte de la historia y tres años después cuando ocurrió la tragedia y me contó su final. Pero bueno... sigo. Ocuparon los asientos de atrás del Mercedes gris del conde que los llevó a Ulzama. El viaje, lejos de parecerles pesado, a pesar de la mala carretera de acceso, lo pasaron charlando y disfrutando de un paisaje impresionante de bosques de robles. Cada curva era una disculpa para roce intencionado con disimulo al que ninguno de los dos oponía resistencia. Llegaron al club. El campo, construido entre robledos era impresionante. En los primeros hoyos, el amor incipiente se convirtió en amor apasionado y admiración mutua, en los primeros hoyos ya se vio el impresionante juego de Ángel y y el gran nivel de Cristina. Pero cuando llegaron al hoyo cuatro y Ángel entró en green con un poderosísimo golpe de madera tres y selló un fantástico eagle, ella sintió que su amor podía llegar a ser eterno. Lo mismo le ocurrió a él cuando ella casi emboca un hoyo en uno en el seis con un hierro cinco. Se miraban sin parar y sonreían como tontos viéndose dar golpes a cual mejor el uno al otro. A pesar de que ángel firmó unos impresionantes treinta y dos golpes para los nueve primeros, en el partido iban empatados. Al salir del último green de la primera vuelta, les esperaba Guzmán. Tenía preparado un picnic completo que incluía una botella de champán Mœt Chandon, caviar, tostadas con

salmón ahumado, una selección de quesos franceses, que incluían brie, camembert y roquefort entre otros, además de una exquisita mermelada de frambuesas y grosellas negras para aderezar. Brindaron con el champán y se retiraron para los segundos nueve.

- ¿Y si gano te puedo pedir lo que sea? -preguntó Ángel-
- Si, por supuesto
- ¿Sea lo que sea?
- ¡Que sí hombre!
- ¿Con las reglas de St Andrews y sin trampas?
- Hmmm... de acuerdo, sin trampas.

Medio chispas por el champán salieron a jugar la segunda vuelta mientras Guzmán recogía los restos del almuerzo. La segunda vuelta, totalmente distinta a la primera, se ajustaba más a las cualidades golfísticas de Ángel y a pesar de que Cristina embocó dos putts de más de diez metros, llegó al dieciocho uno arriba. Un drive increíblemente largo le permitió entrar en green de dos con un hierro seis, cerrar la vuelta con otro eagle y ganar la partida por dos up. Ella estaba extasiada, había jugado el mejor golf de su vida, Ángel le había dado siete strokes y había perdido. Cristina no estaba acostumbrada a perder, pero en vez de sentirse molesta como le ocurría en otras ocasiones, le saltó al cuello y le dio un sonoro beso de enhorabuena en los labios. Ángel había firmado una increíble vuelta de 64 golpes, ocho bajo par y récord del campo durante muchos años. Pero se dio cuenta de que no era nada comparado con ese beso que le había removido las entrañas.

- ¿que me vas a pedir? -dijo ella coqueta-
- Esta noche te vienes a cenar conmigo aunque tenga que secuestrarte.
- ¿Solo eso? Que falta de imaginación...
- Jajaja solo eso... por ahora princesa.

Volvieron al coche, durante el camino de regreso ella se quedó dormida en su hombro y como ocurre en estos casos a pesar de la incomodidad él estaba encantado. Con la complicidad de Guzmán y la condesa consorte, se escabulleron del conde que había vuelto de Madrid antes de lo que preveían. El mayordomo que estaba en todo, había reservado una mesa íntima para dos en el restaurante Borgia en Viana y hacia allí se dirigieron. Según me confesó, Ángel que tenía preparada una sorpresa para ella, iba hecho un flan. Cristina le había hecho rejuvenecer veinticinco años y se sentía como un adolescente saliendo a escondidas con su primera novia. Al llegar al restaurante, les habían preparado un reservado y tenían dos camareros a su disposición, les pusieron un fantástico menú de degustación que paladearon con fruición, al tiempo que les servían de una botella de Vega Sicilia “Único” Reserva especial 1954. La mesa estaba preparada con un gusto exquisito, las velas, el jarrón con un ramo de orquídeas al gusto de Cristina y traídas directamente de Brasil esa misma mañana por orden de Ángel. Ella se acercó a olerlas impresionada. Le preguntó que como lo había sabido, él respondió que cuando uno quiere, lo sabe todo. La miró embobado durante toda la comida mientras mantenían una agradable conversación recordando los mejores golpe de uno y de otro, enumerando hoyo a hoyo, cada uno exaltando las glorias del otro. Al terminar de cenar, tras el postre, el camarero trajo el café en una

bandeja con dos cajas envueltas en papel de regalo dorado. La mayor contenía la mejor selección de bombones suizos de “Lindt”, la segunda una gargantilla de platino con brillantes engarzados, haciendo juego con una diadema y una pulsera. Cristina casi se desmaya al verlas. Le dijo que si estaba loco, a lo que el respondió que sí, pero de amor por ella. Y sacándose un pequeño estuche del bolsillo, se arrodilló y le pidió que se casara con él, abriendo el estuche le mostró el solitario, un pedrusco de los que quitan el hipo. Cristina miraba sin podersele creer.

- ¡Pero si acabamos de conocernos!
- ¿y que importa eso? ¿Tú crees que no soy capaz de reconocer el amor cuando por fin me ha llegado? ¡Di que sí, por favor! Casate conmigo, te prometo que te haré la mujer más feliz del mundo.
- Bueno... dejame pensarlo al menos, tengo familia, que pensarán mis padres y mis tíos de esto. Además tu no eres precisamente el hombre más recomendable del mundo.
- Cambiaré Cristina, para mi ya no existe otra mujer en el mundo mas que tú.
- Por lo pronto, dejame ir un momento al servicio, por favor, que me estoy mareando.

Dicho esto se fue al baño, cerró la puerta tras de sí y se dirigió al espejo, había llevado las joyas hasta allí. Se puso la gargantilla, la pulsera y la diadema, afortunadamente había recogido su pelo en un moño y le estaba estupendamente. Se miró, parecía una princesa salida de un cuento de hadas. Volvió a la mesa y Ángel la miró estupefacto, en su vida había visto jamás tanta belleza en una sola persona y él

de mujeres entendía. Le dijo que en Mónaco sería envidiada por Grace Kelly, ella le dio su mano para que le pusiera el anillo. Le iba perfecto. Todo le ajustaba a la perfección.

- Sí.

- Sí, ¿qué?

- Que sí me caso contigo.

Ángel se levantó, la alzó y se enlazaron en un apasionado beso, hasta que un camarero, los interrumpió con una tosesita educada, para ver si necesitaban algo.

Ángel pidió una botella de champán para celebrar el acontecimiento. Entonces ella le dijo que sólo ponía tres condiciones, una que tenía que encontrar el traje que le gustara. Dos que se tenía que olvidar de todas las otras mujeres y tres que nunca discutirían por una cuestión de tamaño. A él le sorprendió la tercera condición pero aceptó las tres sin hacer comentarios. Al fin y al cabo, siempre había pensado que el tamaño no importa.

La boda se celebró en Pamplona el veinticinco de septiembre, vinieron invitados de todo el mundo, políticos, empresarios, nobles e incluso el príncipe Juan Carlos en representación de su padre Don Juan de Borbón, buen amigo de Ángel, que había estado varias veces en su casa de Estoril. La novia, resplandeciente se casó de princesa. Ángel rejuvenecido, era un rey feliz llevando al altar a la novia más joven y bella del mundo. La fiesta se alargó hasta altas horas de la madrugada, sin incidentes que comentar. Al día siguiente salieron de luna de miel y estuvieron inmersa en ella durante los siguientes seis meses. Recorrieron medio mundo y jugaron en los mejores

campos de golf de los cinco continentes. Vivieron felices los siguientes tres años, de torneo en torneo, ella bajó a handicap más dos, gracias a las mejoras en su swing introducidas por Ángel. Se proclamó campeona amateur de España en los años setenta y setenta y uno, además de varios torneos importantes del golf amateur femenino en Europa y América. Por su parte, Ángel ganó el campeonato del mundo senior esos mismos años. Un día desayunando en la terraza de su mansión de Montecarlo, mientras charlaban animadamente, sonó el teléfono. Era el presidente de la federación española de golf, Juan Antonio Andreu, les invitaba a participar en el campeonato del mundo de parejas mixtas que se celebraba, por primera vez en España. En el Real Club de Golf de Las Palmas, en la isla de Gran Canaria, club decano del golf español, fundado en 1891. Ángel, que me conocía desde hacía años, hizo mención a mi nombre y Juan Antonio, que me había impuesto la medalla de oro al merito deportivo, unos meses atrás, le comentó que por supuesto que estaría, pues no sólo era mi club, sino además actuaba por aquellas fechas, de Capitán de Campo y sería uno de los árbitros del torneo. Cuando se lo comentó a Cristina, se mostró encantada. Nunca habían jugado un torneo por parejas y este tenía el aliciente de jugarse en uno de los parajes mas hermosos del mundo para jugar al golf.

- Ustedes son todos unos desconsiderados ¡carajo! -exclamó Don Pancho de repente, sacando a su audiencia, que ya era muchedumbre, del ensimismamiento en la historia-
- ¿Por que dice eso hombre?
- Pues, por que llevo una hora hablando y nadie me ofrece un poco de tónico para

fortalecer las cuerdas vocales. Que sea de malta por favor, con agua de Fargas fría y sin hielo.

En un santiamén apareció el vaso de whisky, Don Pancho carraspeó varias veces, bebió un largo trago de su vaso ancho, miró una vez más a los oyentes y comentó moviendo la cabeza

- ¡Hay que ver como interesan en este club las cuestiones de tamaño! -y riéndose prosiguió:
- El caso es que al día siguiente Ángel me llamó por teléfono, me pidió que le hiciera reservas en la mejor suite de Las Palmas. Por supuesto que me negué, le ofrecí mi propia casa “La Palmera” que está ahí, frente al golf. -dijo esto haciendo un ademán hacia la cristalera que ofrecía una impresionante vista panorámica de todo el campo incluyendo su casa.- Aunque al principio se negó, terminó aceptando mi invitación. El campeonato se jugaba del seis al nueve de diciembre, la pareja llegó el día uno. Entrenaron varios días para conocer el recorrido. Jugamos un par de partidas memorables. En la primera, hice pareja con Felipito Santana, el profesional del club, que les fue comentando los trucos y trampas del campo. Jugamos a mejor bola y ganamos en el dieciocho por uno arriba, contra todo pronóstico, Felipito- que por primera vez en su vida metió putts de todas las distancias- y yo. El segundo día, que ya se conocían mejor el campo, jugamos Foursomes. Como saben, esta modalidad que era la del campeonato, se juega dando un golpe alternativo cada uno de la pareja. Elegí como pareja a mi gran amiga Betsy Rawls, profesional americana ganadora tres años antes, en el sesenta

y nueve del Ladys PGA, que estaba de vacaciones en el sur de Gran Canaria por aquellas fechas. Reconozco que vino más por conocer a Ángel que a por jugar conmigo, pero lo importante es que vino. El impresionante juego de Betsy, bien acompañado por el mío, no fue suficiente para ganar a la pareja del momento. ¡Dios mío! Que manera de jugar al golf, no fallaron ni un solo golpe, ni una calle ni un green, ni un putt. Nos echaron en el hoyo quince, Betsy no se lo podía creer, al darnos la mano, les dijo: “Si juegan así, es imposible que les pueda ganar nadie, he jugado por el libro y no les hemos hecho sombra en ningún momento.” Cristina estaba radiante, Betsy era su ídolo desde pequeña, según confesó durante el almuerzo en el comedor del club mirando hacia la caldera volcánica de Bandama. Al día siguiente, previo al campeonato, descansaron y los llevé en mi Rolls Royce Silver Shadow descapotable a dar una vuelta por la isla. Se enamoraron de Tunte, pueblo noble donde los haya, con unas vistas espectaculares sobre barrancos, palmerales y montañas. Paramos en Maspalomas, donde ellos aprovecharon para darse un paseo por las dunas y practicar el nudismo en la única playa de España donde se podía en aquella época. Según me contaron después, causaron sensación entre los turistas alemanes que allí se encontraban. Ya se pueden imaginar el por qué. (Risitas de la concurrencia) Mientras, yo les esperé en el hotel “Maspalomas Oasis” y aprovechando que mis nietos estaban allí de vacaciones almorcé con ellos. La anécdota del día la protagonizó mi nieto Juan Carlos que tenía entonces catorce años, pero cuando vio a Cristina, se quedó tan embobado mirándola, que Ángel riéndose le dijo: “No te preocupes hombre, dentro de unos años conseguirás

una igual” Con gran sonrojo por su parte y carcajada general. Aquí entre nosotros, entiendo a mi nieto, es que esa mujer era guapísima, le cortaba la respiración a cualquiera. Por la tarde los llevé de vuelta a casa para que descansaran, al día siguiente tenían la salida a las ocho y media de la mañana. En un raro momento en el que pude quedarme a solas con Ángel, le dije:

- Imagino que ya pasó la época en la que tenía que levantarte por las mañanas para que llegaras a tiempo al tee del uno.
- Por supuesto Pancho, ya me ves, soy un hombre nuevo y feliz, además de monógamo. ¡Y no me hagas la pregunta tópica de como nos las arreglamos, hace tiempo que descubrí que el tamaño no importa!

La verdad, me sorprendió el comentario, quizás por la culpabilidad, es verdad que me lo había preguntado más de una vez, pero soy un caballero y jamás la hubiese hecho una pregunta tan íntima e indiscreta. Me reí, le di unos golpecitos en la espalda y me despedí hasta el día siguiente en que nos encontraríamos en el tee del uno.

El primer día les tocó salir con la pareja Alemana, Horst Paukner y Olivia Von Unten, dos grandes jugadores, casados y que llevaban tres años formando pareja en torneos oficiales. Ya desde el hoyo uno se vio que como iba a ser de duro el partido. Salieron los dos hombres y ambos lograron poner la bola en el green de este par cuatro corto. Cerraron el hoyo con sendos “birdies”. Lo mismo ocurrió en el dos, cinco y nueve.

Los alemanes fallaron el cuatro con bola fuera de límite, doble bogey y el seis, en el que la bola quedó incrustada en un bunker de salida y les costó un bogey. Ellos con una primera vuelta sin fallos llegaron cuatro bajo par a la salida del difícil hoyo diez.

Miraron abrazados el tablón de resultados mientras esperaban a que se quedara libre el green. En aquel momento, la primera partida, con el equipo americano, iba por el hoyo doce y en cabeza con un impresionante menos seis. Ellos iban terceros detrás de la pareja francesa que iba menos cinco. Ángel le dio un beso en los labios y le dijo: *Ánimo, te toca a ti, recuerda lo que dijo Felipe, “un “panchito” cerrando por encima del fuera de limite”*. Acto seguido ella pinchó su bola y ejecutó un “punch-shot” perfecto que colocó la bola a dos metros del hoyo. ¡Esta es mi niña! Gritó él causando miradas reprobatorias en los espectadores que lo rodeaban y entendían el golf como un deporte demasiado flemático como para esas expresiones efusivas. Olivia tiró la bola fuera de límites y Horst, por miedo engancho un hook que mandó la bola directamente a la izquierda a una zona muy complicada para encontrar tiro. Terminaron con un siete, que les dejaba sin muchas opciones en la clasificación general. Ellos sellaron el quinto birdie del día. Salvaron con par el once doce y trece. Llegaron al catorce, el hoyo más difícil del campo y que exige un drive con mucha precisión para poder abordar el green, sorteando una enorme higuera que cubría gran parte de la calle. -Esto sólo lo recuerdan los jugadores antiguos del club, dijo Pancho dirigiéndose a los más jóvenes, hace años que la higuera la tiró un vendaval y el hoyo ya no es el mismo. En aquella época, había que ser un gran jugador para salvar el par.- Cristina dio un drive magnífico que pasó justo por el sitio, dejándole a Ángel un golpe de ciento veinte metros con viento en contra y en subida. Mientras, los alemanes hundidos volvieron a tirar dos bolas fuera de límites y se descartaban totalmente para el título del campeonato y aun más para el de pareja “bienvenida”

del año. Los farfullos guturales entre ambos, no dejaban duda acerca de los epítetos cariñosos que se estaban dedicando el uno al otro. La bandera estaba corta en la plataforma inferior de un gran piano. Ángel decidió jugar un hierro siete un poco cerrado contra viento. Lo ejecutó a la perfección y la bola fue a green. Se pasó un poco de fuerza y quedó justo al borde en la plataforma superior del piano. Cristina marcó la bola, la limpió, miró la caída, tenía un putt endiablado, era solo poner la bola en marcha y dudaba, pues si no entraba era imposible que parase cerca del agujero. Repuso la bola, quitó el marcador, se alejó, volvió a mirar la línea y de repente, una ráfaga de viento fuerte hizo que esta se pusiera en marcha lentamente al principio y poco a poco acelerándose se dirigió al hoyo y... ¡clok! Entró hasta el fondo. Los cuatro se quedaron mirando unos a otros con cara de sorpresa. El público que rodeaba el green empezó a murmurar. ¿Que es lo que hay que hacer ahora? El alemán le dijo que tenía punto de penalidad y debía reponer la bola, Cristina y Olivia no sabían y se encogieron de hombros. Ángel, mas curtido en estas lides, llamó a un árbitro y....que casualidad, era yo. A ver... ustedes que tanto saben de golf, ¿que se hace en este caso?

- Lo que dijo el alemán-apunto uno-
- No,no. Yo creo que se repone sin penalidad- dijo otro-
- ¿Alguna otra opinión? -preguntó Don Pancho- ¿no? Pues están equivocados, en este caso, no habiendo sido movida por el jugador ni haber influido éste en el movimiento, la bola queda dentro del agujero y cuenta como el golpe anterior. Es decir, se hicieron un dos en el catorce ¡el hoyo más difícil del campo! Así se lo

comuniqué, ella dando un salto se abrazó a él y le estampó un sonoro beso. El público, que empezaba a simpatizar con la pareja, por su juego y simpatía, tronó en una aplauso de reconocimiento. Otro birdie en el dieciséis y sendos pares en el diecisiete y dieciocho les llevaron a un menos nueve que, no sé si sabrán, sigue siendo récord del campo en dobles treinta años después. Esta tarjeta les situó primeros a cuatro golpes de los americanos que a pesar de hacer birdie en el dieciséis, pincharon con un doble bogey en el diecisiete. Nuestra pareja estaba exultante, en la casa club los recibieron con aplausos y no pararon de recibir parabienes y felicitaciones durante el almuerzo. La pareja alemana que había terminado más cuatro, tuvieron una desagradable bronca en el idioma de Hitler que les llevó a retirarse del torneo de forma airada y escandalosa, con divorcio en ciernes. Durante el almuerzo, Ángel se dio cuenta de que no sólo eran los alemanes los que discutían, varias parejas se decían palabras con sonidos desagradables, aparentemente de reproches mutuos, en cada uno de sus idiomas. Me transmitió su desconcierto, a lo cual le respondí que mezclar el golf con el amor, especialmente en esta modalidad solía ser peligroso. Se rió diciéndome que como siempre estaba exagerando, que a él seguro que eso, no le pasaría nunca. En aquel momento pensé que para la edad que tenía, era un poco ingenuo, pero me lo callé. El segundo y tercer día, a pesar de tener algunos fallos, terminaron menos dos y menos uno, manteniendo el liderato a pesar de que la pareja americana les había recortado tres de los cuatro golpes que tenían de ventaja. También los escoceses habían hecho dos vueltas muy buenas y se situaron a solo dos golpes en el tercer puesto. El último día Cristina salió nerviosa y Ángel

trataba de calmarla con carantoñas, que ella rechazaba. Ángel se me acercó antes de ir al tee del uno y me dijo textualmente. “Pancho, a las mujeres no hay quien las entienda, está así porque esta mañana me puse un polo rojo y pantalón azul y ella se empeñó en que fuéramos conjuntados de verde y me negué.” Yo sonreí sin decir nada, pero dándome cuenta de que aquello pintaba muy mal. A pesar de todo, mantuvieron la ventaja de un golpe hasta el hoyo doce, donde el americano puso la bola en green de uno para que su compañera con un certero putt sellaran un fantástico eagle. Ellos tuvieron que conformarse con un par y salieron con desventaja de un golpe, que se mantuvo hasta el hoyo diecisiete. En el hoyo dieciocho, par cinco de quinientos diez metros, Cristina dio un drive perfecto, a media altura y con un ligero slice dibujando la calle, la bola corrió y corrió reposando finalmente a 250 metros del green. Los americanos, con un drive más corto en el centro de la calle, jugaron primero, su bola quedó tras un gran golpe a escasos 70 metros de green. Ángel se volvió hacia Cristina y le dijo:

- Cristina, esto es ahora o nunca. Como dicen los ingleses, “shit or glory”
- ¿Que vas a hacer?
- Voy a ir a por el green, es nuestra única oportunidad.
- ¿desde doscientos cincuenta metros? ¿¿estás loco??
- No. lo peor que puede pasar es que falle y en vez de perder por un golpe perdamos por dos o tres. ¡Que mas da! De vez en cuando hay que echarle cojones a la vida.

Diciendo esto se dirigió a su bolsa, desenfundó su drive Tony Pena, regalo de Jack Nicklaus. Hizo dos swings de prácticas mientras Cristina cerraba los ojos. Un

murmullo recorría el numeroso público que estaba siguiendo la partida. Los jugadores locales sabían que era una locura. El green en alto, barrido por los vientos alisios del norte, de izquierda a derecha, con un árbol a cincuenta metros a la izquierda de la entrada del green, que obligaba a jugar una bola con altura suficiente para sortearlo. El golpe era prácticamente imposible. Ángel se puso sobre la bola, abrió su stance para darle más potencia al golpe y con un swing perfecto consiguió lo que nadie pensó que podía hacer una bola de golf. Un golpe bajo de derecha a izquierda, que botó justo antes del árbol y rodó los últimos cincuenta metros entró en green se dirigió hacia la bandera y tras tocarla, quedó reposando a cuarenta centímetros del agujero, para delirio del público que rodeaba el green y abarrotaba las terrazas de la casa club. Cristina le miró impresionada, pero aun así molesta le dijo: “muy bien, pero reconoce que fue una locura” él la miró sonriente y no le respondió. Los recibieron en el green con una gran ovación. La americana, mientras tanto, de un gran “approach” puso la bola a metro y medio de la bandera y su compañero metió el putt. Cristina repuso la bola en la marca, miró el putt, Ángel se acercó a ella y le dijo: “venga que este es pequeño e infallible, tiralo fuerte y por el centro”. Pero hubo algo en la mirada de ella, que no le gustó. Cristina se colocó, hizo varios movimientos con el putt, se preparó para golpear, empezó a ponerse tensa, agarrándose cada vez más fuerte al “putter”, subió, golpeó la bola y esta ni siquiera tocó el hoyo, un gran OOOOHHH se escuchó a kilómetros a la redonda.

Lo que ocurrió en ese momento, fue lo que Ángel me contó la última vez que lo vi,

tres días después de perder el campeonato del mundo, cuando me lo trajo la guardia civil borracho como una cuba. Había estado desaparecido desde que salió del green aquel día. Lo voy a relatar textualmente, tal y cómo él me lo contó.

- Yo estaba mirando a Cristina, la veía tensa, pero el putt era tan pequeño, que me parecía infallible. Vi que cuando colocó el putt detrás de la bola, al tensarse, la cara se iba cerrando. Cuando golpeó y la bola salió recta hacia la izquierda sin llegar a tocar el hoyo, lo único que pude pensar fue que había malogrado el mejor golpe que yo había dado en mi vida. Te juro Pancho que intenté consolarla, pero en ese momento sentí que el amor se me moría por dentro. Cuarenta centímetros tenía el putt, solo cuarenta centímetros y ella fue incapaz de embocarlo. Ella lo vio en mi mirada, las lágrimas acudieron a sus ojos, se acercó a mi, me abrazó, pero yo no pude devolverle el abrazo. La aparté para poder dar el último golpe que sellaba una deshonrosa derrota. Tras embocar triste el último putt, me acerqué a la pareja ganadora para felicitarla por su victoria. Tras lo cual me aproximé a Cristina y le di un beso frío como el hielo, ella no podía contener las lágrimas. Lágrimas que no llegaban a mi corazón que en ese momento ya estaba muerto. Me miró intensamente con los ojos llorosos y desesperada me recriminó mi actitud. Entonces le dije la frase que rompió mi vida para siempre y nunca pensé que fuera a pronunciar. Le dije: “Cristina, el problema es que me he dado cuenta de que el tamaño... SÍ IMPORTA”.

Reconozco que si el putt hubiera tenido medio metro más, mi vida continuaría feliz con la única mujer a la que he amado. Dijo esto con una tristeza infinita,

mientras se levantaba y me daba un abrazo de despedida, que de alguna forma sabía que iba a ser el último.

Y esta mis querido cosocios, es la historia de por qué el tamaño en determinadas ocasiones sí importa.

- ¡Vaya Don Pancho! La verdad es que la historia prometía ser más interesante.
- ¡Ya, a usted lo que le pasa es que le gustan las cochinadas!
- ¡Pancho! Dejate de dar la lata a estos señores y vámonos a casa que tenemos el chófer esperando.

Quien así hablaba era Pepita, la mujer de D. Pancho, una señora de armas tomar que a sus noventa años, hacía temblar a Don Pancho, lo mismo que éste a los demás. Era la viva imagen de una emperatriz, por su elegancia, poderío y presencia. Se despidieron de los presentes y cuando iban saliendo por la puerta, alguien le gritó:

- Pero don Pancho ¿y que fue de Cristina?
- Ahhh hijo mío, eso es otra historia, que les contaré otro día.

Fin

-----OOOO-----

Juan Carlos Domínguez Siemens